A través del espejo
Llovizna

Hugo Hiriart

1.Vacío. La adversidad más frecuente del maestro sin experiencia consiste, creo, en que el plan u organización que ha preparado para toda la clase (por ejemplo de una hora) la desahoga en el primer cuarto de hora y advierte con alarma que se extiende ante él un vacío de cuarenta y cinco interminables minutos para los que no cuenta con preparación ni organización alguna. Y por lo tanto, dado que tiene que arrojarse a la improvisación vacilante, la calidad de la lección, en el mejor de los casos, va a dejar qué desear.

Con el tiempo el profesor va aprendiendo a fragmentar su discurso para hacerlo más claro y distinto, como prescribe Descartes, y a agrandar aquellas partes que permanecen enigmáticas, vagas y confusas para iluminarlas. Y eso le permite medir con mayor precisión la duración de lo que trae preparado. Explicarle algo a alguien es casi siempre un placer.

2. Autócrata del desayuno. Escribió Cernuda: "Antes, el respeto a los padres era lo más importante. Los niños se sentaban a la mesa, pero no podían hablar. Algunos han dicho que el abuelo (del poeta) era muy autoritario, pero más bien eran las costumbres de la época. Nunca he oído decir a mi madre que su padre fuera un déspota. Entonces, cuando se sentaba a la mesa a comer, tenía que pedir permiso para cualquier cosa. Mi madre contaba como anécdota célebre, que un día estaba comiendo sopa, cuando en el plato del abuelo cayó una mosca. Quisieron hablarle y decírselo, pero no se atrevieron… El abuelo se comió la mosca". Vaya, ¿qué tal si el abuelo hubiera sido tiránico?

La cita figura en la muy legible biografía de Cernuda (primer volumen, años españoles, 1902-1938) de Antonio Rivero Taravillo, Tusquets, 2008.

Chillida, *Bilbao-Mundial*, 1982

Ningún niño sobrevive indemne a estas neronianas maneras de mesa. El mexicanísimo "¿y a ti quién te dio permiso de hablar?", del horrendo, irresponsable y colérico macho nacional. Wilhelm Reich afirma en su *Psicología de masas del fascismo* que los alemanes se hicieron nazis en la autoritaria mesa del comedor alemana. Luis heredó de su padre, el coronel, y en su retiro, general, Bernardo Cernuda, el amor a los tweeds ingleses y escoceses, el hermetismo y el trato difícil (no recuerdo poeta más quisquilloso e irritable que Cernuda). Y en cuanto pudo se fue de Sevilla, "esa putrefacta odalisca que llaman Sevilla", dice, para no volver nunca.

Aleixandre, muy amigo de Cernuda, lo describe así el segundo semestre de 29, un año después de su primer encuentro: "si le veías ahora, fuera de las horas de trabajo o en los días de asueto, pronto percibiríais el cambio ocurrido en aspecto exterior: mejor que cambio yo diría fiel estilización. Sin luto ya, vestido y calzado con refinado esmero, peinado cuidadosamente; si con sombrero, éste de marca; en la mano, endosado, el guante de precio, Luis Cernuda daba enseguida la impresión de una atención elegante en el cuidado de su persona". Esta "atención elegante" la mostrará toda su vida, también claro en sus años mexicanos, y no cae sólo en el atavío, también en los poemas que empiezan a aparecer, como éste que Taravillo juzga baudelaireano:

Se ha marchado el deseo
Por la noche entreabierta
Y en tímido reposo
El cuerpo se contempla.

3. El amuleto de Carlomagno. Perteneció a Napoleón Bonaparte, y Hortensia, reina de Holanda, casada con el Luis, hermano del emperador, y madre de Luis Napoleón, llamado Napoleón iii, lo legó en herencia a este último. Era una alhaja de zafiros y de perlas saturada de leyenda. La esencial afirmaba que contenía un trozo de la verdadera cruz, y que el califa Harún Al-Raschid la había enviado al rey de los francos. Carlomagno la llevó consigo toda su vida y bajó a la tumba con ella. En 1804 Josefina recibió el regalo de la joya del cabildo de Aquisgrán en una visita a las provincias renanas. Después de la derrota de Waterloo Napoleón, que no se había separado nunca de la reliquia, se la confió a Hortensia, quien la pasó a su hijo, que tampoco se la quitó nunca.

¿Amuleto de qué? Ascender al imperio, pero descender a Santa Helena. ¿El triunfo y la derrota de los napoleones? Para eso, podríamos decir, no se precisa amuleto alguno (sería como aquel dispositivo mágico que vendía un merolico para que tu sombra te acompañara siempre en los días de sol).